



ERICK S. MAYORA

Semana Santa 2013

Signos de una Iglesia fraterna

Erick S. Mayora*

Al Campamento Misión que organizan los jesuitas en Santiago de Trujillo asistieron aproximadamente cuarenta misioneros de diferentes edades, provenientes de distintas entidades del país

Desde una fe auténtica se pueden establecer nuevos tipos de relaciones que transformen, para bien, la compleja realidad que se vive en el país, donde muchos problemas agobian a millones de venezolanos. Varias experiencias llevadas a cabo en Semana Santa, por distintos agentes de pastoral –sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos– lo demuestran.

Según declaraciones de las autoridades, más de 22 millones de venezolanos se movilizaron por todo el país durante el asueto de Semana Santa. Aunque no existe una cifra aproximada sobre el número de personas que, durante esta semana, se desplaza para vivir experiencias misioneras, al conversar y compartir con gente de Iglesia se intuye que son muchas.

La dinámica misionera de Semana Santa es variopinta, pero tiene algunos rasgos comunes. Las personas se van organizando con anticipación, van ahorrando dinero, arman grupos o se preparan para viajar solos, entran en contacto con gente de las zonas de misión para que los acojan. Luego esperan el momento de partir. El

viernes de concilio o los días más próximos a esta fecha, emprenden un viaje en el que muchos esperan llevar al Dios que han conocido y recibir un poco del Dios que otros han experimentado.

Ciertamente, no todos los que participan de esta experiencia la viven de igual manera. Mientras que para unos solamente es la oportunidad de vivir una Semana Santa diferente; para otros, la experiencia puede ser muy dicente, llegando incluso a marcar y definir proyectos de vida. Sin embargo, el hecho de asumir el reto y ponerse en camino habla de una disposición a compartir la fe cristiana y los días santos. Este viaje no lo emprende cualquiera por cualquier motivo. Él es producto de procesos internos, de búsquedas personales y de experiencias espirituales genuinas. De no ser así, la opción escogida podría ser otra; una tal vez menos exigente, con menor grado de desprendimiento, más cómoda y desprovista de incertidumbre.

Durante la Semana Santa 2013 varias experiencias de este tipo tuvieron lugar. Acompañados por diocesanos o miembros de distintas órdenes o congregaciones religiosas, jóvenes del estado Bolívar, por ejemplo, se trasladaron a sectores populares de Caracas para vivir una experiencia de misión. Entretanto, jóvenes caraqueños viajaron al estado Zulia, a Falcón y a Trujillo para hacer lo propio. El país entra así en una dinámica de desplazamientos cuyo propósito no es, como el de muchos, el *disfrute* propio de los días de asueto, sino el interés, el deseo y la necesidad de compartir la fe cristiana y de crecer en comunión con el hermano.

CAMPAMENTO MISIÓN EN SANTIAGO DE TRUJILLO

Una de esas experiencias ha sido el campamento misionero que realiza la Compañía de Jesús, desde hace casi dos décadas, en diferentes comunidades de la parroquia Santiago, en el municipio Urdaneta del estado Trujillo.



ERICK S. MAYORA

En esta ocasión, aproximadamente cuarenta jóvenes de distintas edades, provenientes de los estados Zulia, Mérida, Táchira, Lara, Monagas, Barinas, Caracas e incluso del propio Trujillo, llegaron al pueblo de Santiago entre el sábado 23 y el domingo 24 de marzo (Domingo de Ramos) para participar en el campamento.

Los muchachos, desde el arribo al pueblo, comenzaban a encontrarse con otro modo de ser Iglesia. Pudiera pensarse que el recibimiento forma parte de una mera costumbre anual. Aunque la gente los espera con entusiasmo, como lo hace año tras año, con la llegada de los misioneros es posible percatarse de que todo va siendo un acontecimiento. No hay frases prefabricadas ni actitudes bien ensayadas, vueltas costumbre y tradición por el paso del tiempo. Se percibe que lo que sucede es nuevo.

El Domingo de Ramos es doblemente importante. Por un lado, comienza la Semana Mayor y por el otro, el pueblo espera y se hace protagonista del envío de los misioneros a sus respectivas comunidades de misión. Cuando se hace este envío ya es mucho lo que se ha vivido: en una casa de la calle Bolívar, por ejemplo, han atendido a los jóvenes como si los conocieran de toda la vida, les han preparado desayuno, almuerzo, les han ofrecido las instalaciones de la casa. En otro hogar les han preparado la cena; los jóvenes comprometidos de la iglesia del pueblo han traído dulces típicos, pancartas, han puesto un toldo con globos, han elaborado trípticos con información histórica del pueblo y han puesto música en las adyacencias de la plaza Bolívar, todo para darle la bienvenida a los muchachos.

Son muchas las personas que hacen posible este campamento. No solo la presencia de los misioneros en el pueblo garantiza la misión. Ella también se da gracias a las personas que disponen todo lo que tienen para que resulte exitosa. Lo hacen voluntariamente, se ponen de acuerdo con el sacerdote de la parroquia de Santiago y con los jesuitas, y terminan convirtiéndose también en misioneros aunque nunca se les nombre ni ellos mismos se asuman como tales.

Ese Domingo de Ramos, cada uno de los equipos misioneros sale a sus comunidades de misión. Los sectores de Las Rosas, La Cuesta, Los Alticos, Marajabú, Cajui, Las Guardias, Altos de Isnarún, Alto de los Barros y Estiguates aguardan por ellos.

COMUNIDAD DE HERMANOS

La dinámica que se desarrolla a partir de entonces en cada una de estas comunidades se va dando con la participación de la gente, pues no se lleva una planificación rígida de actividades. Se llevan ideas, ganas de trabajar, disposición para compartir, actitud de escuchar, deseos de encuentro fraterno y apertura para trabajar en

equipo. También van en las maletas y morrales algunas incertidumbres: ¿cómo será la zona?, ¿la gente recibirá a los peregrinos?, ¿cómo será la comida?, ¿qué tal resultará este grupo de misión? Sin embargo, consciente o inconscientemente, la relación de fe¹ que se establece permite formar, en muy poco tiempo, una especie de comunidad que puede expresarse libremente y con la confianza que genera el estar entre hermanos: así se comparten mociones interiores, alegrías, frustraciones, desaciertos, críticas y errores.

Esta relación de fe no se da exclusivamente dentro del grupo misionero. Se ve en la actitud de quienes reciben a los misioneros. Estas personas no saben quiénes son estos jóvenes ni de dónde vienen. Sin embargo, los dejan entrar en la intimidad de sus hogares, comparten con ellos sus historias de vida y, como si fuese poco, les sirven de manera sorprendente. No lo hacen con actitud servil, lo hacen de forma servicial.

Cada grupo, al llegar a su comarca, se reúne para plantear actividades a realizar durante la semana, estas se revisan con algunos miembros de la comunidad, se hacen las modificaciones sugeridas, se aprueba el cronograma inicial y comienza entonces el trabajo pastoral: se visitan y bendicen los hogares; se da la comunión a las personas enfermas o de la tercera edad; se mantienen conversaciones informales sobre la realidad del sector, el trabajo en el campo y la situación actual de la Iglesia católica; se va invitando, casa por casa, a participar de las celebraciones de la palabra, de las misas, de las horas santas, del lavatorio de los pies, de los víacrucis; se realizan actividades con los niños: juegos, narración de historias con enseñanzas evangélicas, etcétera. Así va marchando la misión.

Aunque las actividades parezcan tradicionales, el espíritu con el que se realizan y la participación de la gente, sus comentarios, reflexiones y oraciones hacen que no lo sean. Los eventos masivos y las visitas multitudinarias que podemos ver en lugares más poblados durante estas fechas santas, se diferencian mucho de lo que en las entrañas de estas montañas andinas van viviendo las personas.

Durante la semana se van entablando relaciones con mucha gente de la comarca, al tercer día ya se saluda a casi todo el mundo. Con algunos se ha compartido fraternamente situaciones de vida: dolor por muerte de familiares, soledad, experiencias de Dios, problemas familiares, inconvenientes de pareja, dificultades y virtudes del trabajo en el campo; con otros se han compartido desayunos, almuerzos, cenas y algo que en estas tierras llaman los *mediodías* (se realizan Jueves, Viernes y Sábado Santo), y consiste en sentarse a la mesa toda la familia a comer siete platos diferentes, además de dulces típicos y las respectivas bebidas, esto a las 12:00 del mediodía; otros hermanos solo saben que

esos que suben y bajan, que van y que vienen, son los misioneros y nada más.

TERMINA EL CAMPAMENTO, CONTINÚA LA MISIÓN

A medida que van pasando los días, la experiencia comienza a ser más rica por todo lo vivido y lo compartido. Entonces llega el último día de misión y comienzan a florecer emociones. La empatía que se ha producido genera emociones que, a más de uno, le impiden retener las lágrimas. Algunos dicen que son lágrimas de alegría, otros que de alegría no se llora. El hecho es que algo pasa en las entrañas de las personas.

El momento de la despedida se convierte en una ocasión emotiva. Lo que se experimenta es fuerte, es denso, tal vez sea el resultado de esa fraternidad en construcción que se ha venido dando entre quienes han compartido la fe. Esta fraternidad no nace de la nada, es producto de lo vivido en comunidad, parte de una relación de fe y termina traducida en distintas expresiones de afecto.

Hay un elemento que, como cristianos, no resulta fácil de asimilar: el hecho de que Jesús nos asumió a todos en su corazón como hermanos suyos, con todas nuestras virtudes y con todos nuestros pecados, razón por la que tuvo que bautizarse en el río Jordán.

Al final de esta misión, en medio de las emotivas palabras de agradecimiento, en medio de las oraciones espontáneas y auténticas de las personas, se perciben elementos que, de alguna forma, permiten comprender –si es que cabe usar el término comprender– esa asunción fraterna hecha por Jesús, producto del encuentro verdadero, auténtico con el otro.

Así va concluyendo el Campamento Misión en las diferentes comarcas de la parroquia Santiago. En estas silenciosas montañas se queda cada una de las familias que han acogido a los misioneros, se quedan con una nueva experiencia de fe para continuar sus vidas en la cotidianidad del campo. En cambio, los misioneros toman su equipaje y parten a sus lugares de destino, muchos con una sensación de dejar ahí una parte de sí. Vuelven a sus hogares para continuar, también, sus vidas. Entonces, termina el campamento pero la misión, para muchos, continúa.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

NOTAS

- 1 Como la define el padre Pedro Trigo, s.j.